



Sin título, sobre la filosofía y perspectivas de la Fundación Jenkins

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias
Tipo de documento: conferencia
Título: Sin título, sobre la filosofía y perspectivas de la Fundación Jenkins
Fecha: 21 de agosto de 1969
Lugar: México, D.F.
Audiencia: reunión en el Club de Leones de la Ciudad de México
Clave de clasificación: II.A.3.a/1969-5
Caja: 38
Palabras clave: Fundación Jenkins, educación, turismo, inversión extranjera, clubes de servicio.

Le agradezco, señor Highland, sus palabras de introducción. Agradezco igualmente, esta honrosa invitación. Me halaga que la directiva de este Club de Leones de la Ciudad de México me conceda esta tarde la oportunidad de exponer algunas de mis ideas ante tan distinguida concurrencia.

Permítame que les lea la cláusula siguiente, y cito a la letra:

«SEXTA. Declara el señor testador: que siempre ha tenido la firme convicción que en bien de sus hijos, los padres no deben dejarles grandes fortunas como herencia, sino más bien enseñarlos y ayudarlos a trabajar para que ellos mismos ganen lo que necesiten, teniendo la creencia el propio testador, que nadie, con capacidad para trabajar, debe gastar dinero que no haya ganado por su propio esfuerzo, y siguiendo este principio manifiesta que no es su voluntad dejar a sus hijos riquezas ni fortunas sino más bien ayudarlos a trabajar para que puedan hacer su porvenir con su propio esfuerzo»

Estas frases, con cuyo espíritu se puede o no estar de acuerdo, están incorporadas en el testamento del señor William Oscar Jenkins y son la razón de ser de la Fundación Mary Street Jenkins. A su muerte, la Fundación pasó a ser única e universal heredera de todos los bienes de Don Guillermo. Se convirtió en la institución de beneficencia privada más grande del país.

Mucho le podría hablar de Don Guillermo: de su amor a México, de su ascetismo personal, de su genio para los negocios, de sus muchas cualidades humanas. Sin embargo, creo que esto lo debemos dejar para otra ocasión. Esta tarde prefiero hablarles de la Fundación en sí, de temas como su filosofía y perspectivas.

La Fundación, en las palabras de Don Guillermo, «tiene el objeto de hacer obras de caridad y bien en general». El propósito, pues, es bastante amplio y no impone casi cortapisa alguna en su forma de operación. Lo único que exigió el Fundador fue que la institución gastara únicamente sus ingresos y no el capital, pues así duraría largos años haciendo las obras de su objeto.

A fines del año pasado, la Fundación, a grandes rasgos, presentaba el panorama siguiente: sus recursos totales de balance sumaban 1,040 millones de pesos, los ingresos de 1968 habían llegado a poco más de \$100 millones, y los gastos a casi \$84 millones. La gran mayoría de las erogaciones, por supuesto, correspondió al capítulo de donativos.

El Patronato de la Fundación, que me honro en presidir, meditó cuidadosamente para integrar la estructura de valores, la filosofía de operación de la institución. Nos pareció que el progreso futuro de México radica en un mejor manejo de sus recursos físicos y humanos, y a ello hemos encaminado el mayor esfuerzo de la Fundación. Hemos dado fondos para construir hospitales, centros educativos y culturales, asilos, orfanatorios, núcleos deportivos. Hemos concedido becas.

Sin título, sobre la filosofía y perspectivas de la Fundación Jenkins • Manuel Espinosa Iglesias •
21 de agosto de 1969

Hemos colaborado con el gobierno para diversas obras de utilidad pública

El apoyo a la educación, sin embargo, siempre ha sido nuestro objetivo principal. Sabemos que la nación sólo puede seguir adelante si prepara gente y sabemos también que por más recursos que el gobierno invierta en este capítulo, éstos serán insuficientes en muchas áreas. En 1968, los renglones educativos recibieron más del 92% de los donativos totales —y no creo que la cifra disminuya en el futuro. Entre otras, ayudamos a la Universidad de Puebla, a la de las Américas, a la Anáhuac, al Instituto Nacional de la Nutrición, al Tecnológico de Monterrey y a la Universidad Iberoamericana. Básicamente, nuestras aportaciones fueron para construcción de nuevas instalaciones.

No obstante que los resultados han sido muy buenos, en vista de que han cambiado las necesidades nacionales, hemos pensado que, en los años venideros, nuestra política de apoyo a la educación también debe variar. El problema ya no radica en más equipos, sino en ampliar y mejorar las posibilidades de educación de la juventud. Precisamos invertir ahora en gente, no en cosas.

Al principio decidimos dedicarlos a casi todo a becas; era, sin duda, la solución más evidente. Pero al hacer los primeros cálculos pronto nos dimos cuenta de las limitaciones de un programa de esta naturaleza. A pesar de los muchos millones que a ellos destinaríamos, sólo podríamos becar unos dos mil estudiantes. Y esto nos congelaría por cuatro o cinco años, mientras los muchachos se graduaran.

Se nos ocurrió, entonces, proceder de otro modo. Si la calidad de educación depende casi más del maestro que del estudiante y si lo que falta en México son profesores, sobre todo de tiempo completo, ¿Por qué no dedicar el dinero a hacer más atractiva la Carrera magisterial en las universidades? ¿Por qué no utilizar los recursos para pagar buenos maestros, gente que se dedique exclusivamente a ello?

Creemos que un profesor universitario calificado de tiempo completo debe de percibir un mínimo de \$150,000 anuales. Creemos también que estos \$150,000 fructificarían enormemente en cientos de muchachos. Tendríamos, además, verdadera investigación en las universidades. Se generarían estudios y técnicos de los que necesita México.

Tenemos grande esperanzas. Quizás los millones de pesos que destinemos inicialmente representen un principio modesto. Sin embargo, estamos persuadidos de que vale la pena hacer el intento. Los cien o doscientos profesores de tiempo completo que al principio sostenga la Fundación pueden beneficiar grandemente a la juventud estudiosa y a la propia carrera académica. Por cualquier lado que se le vea, el resultado es positivo.

Es probable que se pudieran tomar otras medidas de aliento. Se me ocurre, por ejemplo, que el gobierno podría estudiar la conveniencia de dar incentivos de tipo fiscal en lo que respecta al magisterio. ¿No se hace con la industria, o con las cooperativas? ¿Y no tiene tanta o más trascendencia el fomento de nuestra riqueza intelectual?

Vamos a seguir, por su puesto, otorgando becas a estudiantes. Hemos podido constatar que el estudiante becado es un alumno aprovechado en la escuela y un hombre de bien en la vida. Nos interesa, en especial, becar a jóvenes graduados mexicanos para que vayan a perfeccionarse al extranjero y regresen a nuestro país.

Las becas, pues, se combinarán con nuestro programa de pagos a profesores universitarios de tiempo completo. No les puedo todavía dar cifras precisas para el

futuro, pero estimo que los pagos a maestros probablemente se llevarán la mayor parte. Tengo esperanza de que, en lo que respecta a becas, la empresa privada contribuya. No hay dinero mejor invertido que el que se destina a la preparación de los empleados o de los obreros.

En este sentido, la empresa privada tiene el campo abierto. Hasta ahora son pocas, muy pocas, las compañías que tienen alguna actividad en materia de becas a sus empleados. Hay algunas que son verdadero ejemplo, pero en general predomina la apatía. Existen incluso negociaciones que viven de la rapiña. Aguardan a que otras preparen a su personal e incurran en gastos, para llevárselo con dos o tres veces más de sueldo. Esto lo han padecido ustedes y lo he padecido yo.

Y lo único que se ha logrado es desquiciar los sueldos y desalentar el otorgamiento de becas por parte de las empresas.

Necesitamos reanudar e intensificar el esfuerzo en materia de preparación de nuestro personal. Tenemos que convencernos de que ésta es una labor de conjunto, indispensable para el futuro progreso de la economía nacional. Que mientras sigamos consiguiendo la gente a base de zarpazos a otras compañías, lo único que lograremos será encarecer los sueldos y bajar la calidad del personal.

La Fundación Jenkins se ha dedicado también a otras tareas. Hace relativamente poco estableció, en colaboración con el gobierno federal, una empresa llamada Impulsora de Empresas Turísticas. La idea fue que estudiara las posibilidades turísticas del país y que pusiera los trabajos a disposición de los empresarios. Que fuera en otras palabras, un instrumento valioso para utilizar nuestro enorme potencial turístico.

Se ha terminado ya el primer juego de estudios y los resultados no podían ser más optimistas. Si nos lo proponemos y lo hacemos con técnica, México puede ser el país más importante del mundo, turísticamente hablando. Casi no hay lugar del país que no tenga algún atractivo. Casi no hay sitio que no pueda aprovecharse.

En verdad seduce y enorgullece la lectura de estos estudios. Asombra el potencial que tenemos por delante.

Seduca, no obstante, que el desarrollo de la industria turística precisa la colaboración del exterior. Se requiere, dicho de otro modo, que intervenga el capital extranjero —y esto ha molestado a quienes tienen obsesión del imperialismo. Aquellos que con un buen techo, comida y educación adecuada para sus hijos, se olvidan de la miseria en que se debaten muchos de nuestros compatriotas y claman por que se cierren las puertas al capital extranjero.

No quiero explayarme demasiado en un tema que ya he tratado en muchas ocasiones. Creo no debemos perder de vista lo que está pasando en materia turística en el resto del mundo. Debemos tener presente que el Caribe, Hawai, Europa, Canadá, el lejano oriente y hasta los propios Estados Unidos están haciendo vastos esfuerzos para mejorar su posición en este importantísimo mercado. Tenemos que estar conscientes de que el negocio turístico se está tecnificando rápidamente y que hay poco margen para improvisar. Precisamos reconocer que está aumentando progresivamente la influencia de las grandes cadenas hoteleras internacionales, frecuentemente en estrecha liga con las líneas de aviación de mayor significación del mundo, en la orientación del mundo, en la orientación de las corrientes turísticas hacia los diferentes centros de recreo. Debemos aceptar, en fin, que el negocio del turismo rebasa cualquier frontera; se ha vuelto internacional por excelencia.

En estas condiciones, pregunto yo: ¿Se justifica que México adopte una actitud de miras estrechas, casi aldeana, con nuestras necesidades de empleos y de divisas? ¿Podemos correr el riesgo de que otras áreas, menos dotadas, pero con más visión nos ganen la delantera? ¿Debemos realmente permitirnos el lujo de que Sheraton, American Airlines, Western, Howard Johnson's, Hilton, Holiday Inn, en fin las grandes cadenas que actualmente mueven el turismo masivo, no tengan una participación firme en México? ¿Algo que los aliente a tener a nuestro país en un lugar preferente?

Creo sinceramente que no. Me parece que, si queremos aprovechar realmente lo que nos ofrece el turismo, debemos ser más abiertos, más realistas, más cordiales. No perdamos de vista que lo que pueda sacar el hotelero extranjero por concepto de dividendos y otros capítulos menores siempre será mucho muy inferior a lo que el país obtenga de los turistas. El inversionista extranjero construye instalaciones, da trabajo a muchos mexicanos, compra productos y servicios nacionales, implanta nuevas técnicas, paga impuestos, genera nuevas corrientes turísticas. En suma, beneficia grandemente. Frente a esto, las utilidades que saque casi no son significativas.

Además, aun cuando tuviésemos los capitales nacionales para hacer los hoteles, casi no hay alternativas; o permitimos la inversión extranjera en la industria hotelera y aceptamos que esto va a tener un costo, o corremos el riesgo de perder turismo. Estoy cierto de que esto último implicaría un costo mucho mayor para nuestro país.

¿Recuerdan ustedes cuando se inicio el verdadero auge de Acapulco? Fue cuando se elimino la prohibición a las líneas aéreas extranjeras para que volaran a este puerto. Esto significó un costo para las líneas aéreas mexicanas o, cuando menos, para los anti-extranjeros furibundos. Pero no hay duda que el beneficio nacional fue —sigue siendo— mucho mayor.

Lo que sucede es que con frecuencia exageramos el nacionalismo y lo hacemos con muy poco sentido de la realidad. Y no es que el nacionalismo sea censurable en todos los casos. Por el contrario, es muy provechoso, pero hay que meditar cuidadosamente cuándo debe esgrimirse. Se me ocurre, por ejemplo, que sería mucho más útil encaminarlo a desalentar nuestros gastos turísticos en el exterior o el contrabando desmedido de artículos que ya se producen en México.

¿Se justifica que estemos gastando ya más de 200 millones de dólares en nuestros viajes al extranjero? ¿No sería mejor que conociéramos primero nuestro país que tanto ofrece?

Igualmente: ¿Es lógico que varios cientos de millones de dólares de productos que ya elaboramos, muchas veces con ventaja, se introduzcan año con año ilegalmente? ¿No sería preferible que ya que vivimos y trabajamos en México y disfrutamos de todas sus maravillas, también hiciéramos un esfuerzo por consumir lo que estamos produciendo? ¿No sería una buena forma de ayudar al progreso de nuestro país y de ser nacionalistas en el sentido correcto de la palabra?